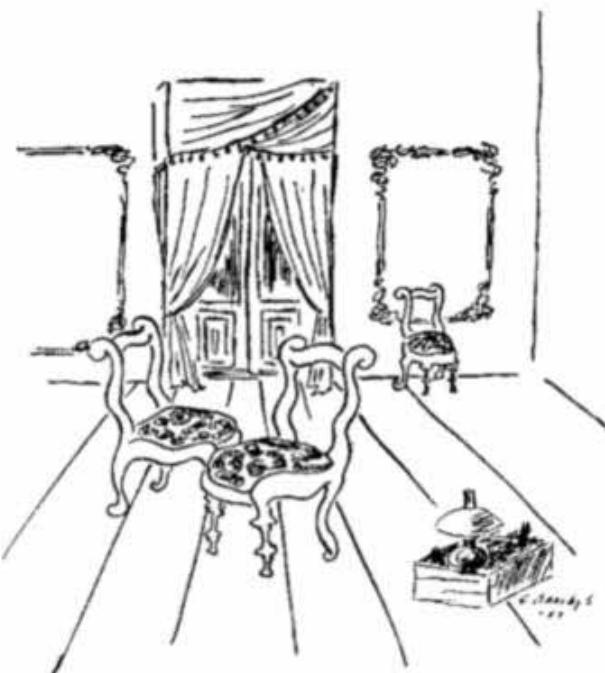


LA MUDANZA

por
ELENA GARRO



PERSONAJES:

Lola (67 años)
Carmen (43 años)
Juana (30 años)
Doña Refugio (60 años)
Doña Ignacia (57 años)
Cargadores.

(Salón en casa de Lola. Están en plena mudanza. La casa está casi vacía. Apenas quedan tres sillas estilo Luis Felipe, dos cajones repletos de objetos varios y un montón de fotografías de familia. Ya han levantado las alfombras y se las han llevado; quedan basuras regadas por el suelo; de las grandes ventanas cuelgan todavía cortinajes verde oscuro con borlas doradas. Un aire

trágico reina en el salón destortalado. Todo está quieto, desolado. Entra Lola, vestida de gris acero, con una chalina de seda al cuello. Traje de manga larga bien ajustada. Cadenas de oro, de una de ellas cuelga un relojito antiguo. Lleva en la mano un par de guantes grises, un bolso y un abrigo. En la otra un paquetito de libros rojos. Con cuidado, busca un lugar donde depositar los objetos. Coloca con delicadeza los guantes, el bolso, el abrigo y los libros sobre una de las sillas. Luego, como a pesar suyo, mira a su alrededor.)

Lola.—¡Juana, Juana!

(Entra Juana. Una sirvienta de cara desvergonzada; vestida de color violeta, con un sueter rojo, muy deformado; "permanente" en la espesa mata de cabellos negros.)

Juana.—Y ahora, ¿qué quiere?

Lola.—¡Muchacha! Son las cuatro y media pasadas, ¿dónde te metes, y más en un día así?

Juana.—¿Pos luego? ¡Como que dónde me meto! ¡Andaba yo arreglando tijeretos! ¿Qué no ha visto a los cargadores?

Lola.—Los cargadores están aquí hace horas. ¿Tendrías la bondad de traer mi taza de chocolate?... Son más de las cuatro y media... me desmayo de necesidad...

Juana.—¡Ora sí! ¡Quién se va a acordar del chocolate! Debería usted tener más consideración, señorita Lola. Hoy ha sido un día muy pesado.

Lola.—Los días son como los hacemos. No hagamos este aún más terrible. Sírveme mi chocolate como si nada sucediera. Todavía estamos aquí, ¿no es cierto?, en este salón, aquí, donde estuve siempre con mis padres y con mis hermanos, que en paz descansen.

Juana.—Para que no diga que es falta de voluntad y porque es el último chocolate que se va beber aquí, se lo voy a hacer, aunque si la señora Carmen me ve batiéndolo se va a enojar, porque ya empacó todos los trastos de la cocina...

(Entra Carmen. Trae un pañuelo amarrado a la cabeza. No trae medias, calza zapatos de tacón alto, viejos. La cara la lleva muy maquillada. Parece que ha trabajado mucho.)

Carmen.—¿Qué estás diciendo? Aquí no puede una volver la espalda, porque empiezan las murmuraciones. ¡Anda, ve hacer ese chocolate! Y tu Lola, ¡no sé cómo la oyes!

Lola.—Decía Juana que ya habías guardado los trastos de la cocina.

Carmen.—¡Qué más da! ¡Anda, ve a ver si encuentras el molinillo! ¡Y guárdate la lengua!

Juana.—(saliendo) Siempre está usted diciendo cosas que no son.

(*Lola se dirige hacia una de las ventanas. Se queda allí, mirando melancólica hacia afuera, de espaldas al público.*)

Lola.—¡Increíble, que una pueda irse de la casa donde nació! Es como si dejásemos nuestro propio cuerpo para vivir en el de algún extraño...

Carmen.—Dímelo a mí. Nunca he podido olvidar el día que dejé la casa de mis padres, para venir a esta casa... Eso tú no lo puedes saber... nunca te casaste...

Lola.—(Siempre cerca de la ventana) Allí siguen las lilas que sembró mi madre. ¡Quién le iba a decir que iban a sobrevivirla! Recuerdo cuando le llegaron de Europa. ¡Pobre mamá! ¿Quién irá a cuidar de este jardín? ¿Qué será de sus hortensias, de sus helechos, de sus heliotropos?... (Saca con disimulo un pañuelito y se enjuga una lágrima.)

Carmen.—Roque me dijo que va a construir viviendas... de modo que el jardín está condenado a desaparecer.

Lola.—¿A desaparecer? ¿Cómo es posible que la gente destruya la belleza? Mira qué luz tiene ahora. Mira sus caminos húmedos, sus violetas, sus alcatraces blancos contra las hierbas oscuras, sus naranjos... Hay todo está envuelto en una luz distinta... Todos los días este jardín ha sido un jardín diferente y siempre más hermoso. ¿Sabes, Carmen, que la belleza es el amor? Si mi madre no lo hubiera amado tanto, no sería tan bello.

Carmen.—Cada quien quiere lo suyo, y cada quien lo quiere a su manera. Por eso Roque va a transformarlo todo...

Lola.—(Volviéndose) Perdona Carmen, pero no deberías nombrar a ese hombre. Y menos ahora.

Carmen.—(Enrojeciendo de ira, pero conteniéndose) ¿Roque? ¿Tiene algo de malo su nombre? Tal vez lo que te ofende y no confiesas es que un hombre de su clase vaya a pasearse por tus salones. Pero no temas, ya me dijo mi hermana que no piensan vivir en esta casa, sino dividirla, hacer viviendas y alquilarlas. ¡Es demasiado triste!

Lola.—Demasiado triste... Lo que son las cosas... Y mira: no me refería a su clase sino a lo otro, a lo que nos ha hecho. ¡Darnos ocho días de plazo para irnos! ¡Qué horror! Nunca pensé que existiera gente así.

Carmen.—La culpa no es de Roque, ¿acaso no le debías el dinero? Ya sé que para ti es muy duro reconocer que le debías dinero a un comerciante. Pero las cosas hay que hablarlas como son.

Lola.—¡Claro que se le debía! Y por eso le pago con creces, de lo cual, no me arrepiento. Esta gente necesita una lección. Le dejo mi casa, por una suma ridícula, y en el plazo que él me dio... aunque no es el plazo legal.

Carmen.—Supongamos que el plazo no es legal, ¿por qué lo aceptaste? ¿Por qué no te dirigiste a un banco, si su oferta no te convenía?

Lola.—Porque en ese momento estábamos tan afligidas, que no se me ocurrió. Y porque los préstamos empezaron poco a poco, yo no tenía intenciones de hipotecar la casa, esa fue la solución que él encontró para asegurar su dinero... Pero, en fin, para qué vamos a hablar de esto...

Carmen.—¡No! ¡Sí lo vamos a hablar! No te dirigiste a un banco porque no querías que nadie se enterara de tus necesidades. Y en ese momento sí te pareció que Roque era de tu familia.

Lola.—¿De mi familia? No, no lo pensé nunca. Creí simplemente que era un hombre inculto, pero bondadoso, al que me unía cierta amistad. ¡Nos habíamos visto durante tantos años! Y aunque es cierto que nada teníamos que decirnos, porque era más lo que nos separaba que lo que nos unía, había ciertos lazos de costumbre... pero, para qué vamos a seguir hablando...

Carmen.—Es que yo quiero que se hable! Para que todo quede bien claro; fuiste tú! la que firmó la hipoteca por seis meses. No quiero que después se diga que yo y mi familia te echamos de tu casa.

Lola.—¿Quién va a decir eso? ¿Quién te va a culpar a tí? Sé muy bien que yo firmé todo. Yo era la dueña... y ese hombre me tenía acosada.

Carmen.—Si hubieras sido menos soberbia, todo se hubiera arreglado. ¿Pero cómo, tú, la señorita, iba a deber a un comerciante?

Lola.—Tú también estuviste de acuerdo. Y si mal no recuerdo, cuando él me propuso la hipoteca, tú aprobaste. ¿Cómo ibas a suponer que tu cuñado era capaz de hacernos una bellaquería semejante?

Carmen.—Sí, yo te lo aconsejé. Estabas tan acongojada, que no sabías qué decir ni qué hacer. Pero recuerda que en el momento de firmar te dije: reflexiona, Lola, no te dejes llevar por el orgullo... El estaba allí presente y tú ya no pudiste echarte para atrás...

Lola.—No podía aguantar su grosería... Además, estaba segura de pagarle vendiendo las alhajas... Y esa grosería... esa gente necesitaba una lección. Cuando se enriquecen, creen que todo es el dinero y olvidan la conducta. Y se equivocan, el dinero así no es sino aumentar la grosería... pobres gentes.

Carmen.—¿Ves? ¿Ves, cómo tengo razón? ¡Lo hiciste por soberbia! ¡Cómo ibas a perder la oportunidad de mostrar tu calidad! Todos ustedes han sido iguales. Tu hermano hizo lo mismo. No pensó en mí ni en sus hijos...

Lola.—¡El pobre! ¡No lo juzgues! ¡Dios ya lo juzgó!

Carmen.—Lo único que hizo fue hacerme sufrir. A ti eso no te importa. Nunca me diste la razón, ni me la darás. Yo para ti no he sido sino la intrusa, la cuñada, la gachupina, que se instaló en el lugar que no le tocaba. Pero yo era joven y bonita. Hace unos minutos decías que cómo era posible que la gente no se tocara el corazón para destruir la belleza. ¿Y a ti se te ha ocurrido pensar alguna vez que en medio de esta belleza yo perdí la mía? Y me hice vieja junto a un hombre duro, egoísta, mayor que yo, que nunca me quiso...

Lola.—No digas eso, Carmen. Antonio te quiso mucho a su manera. No era efusivo, como tú hubieras deseado, porque lo habían educado de otra manera... Pero para él siempre fuiste lo mejor; la prueba es que te trajo a vivir aquí, con nosotros, con la familia...

Carmen.—¡Con la familia! ¡Aquí se me trató siempre como a una huérfana! Mentira que me quisiera, ninguno de ustedes me quiso nunca. Para él, lo único importante eran ustedes. Pero bendito sea Dios que me va a quitar de estas paredes, que no me han hecho sino sufrir...

Lola.—¡No digas eso, Carmen! Aquí nacieron tus hijos.

Carmen.—¡Mis hijos! ¡Pobres hijos míos! Si vieras la ilusión que tienen de vivir en una casa alegre, moderna...

Lola.—No, no sigas. Cuando te exaltas dices cosas que no debías decir... Cállate... esta mañana vino Carlitos a mi cuarto, me pareció muy afligido...

Carmen.—¿Y qué quieres que te digan a ti? La verdad es que ellos no han tenido sino miedo... desde niños paseándose por estas habitaciones enormes, sin libertad para nada, rodeados de muertos y de viejos.

Lola.—Sí, sí, ya me lo has dicho muchas veces... no me lo repitas hoy en que he visto cómo han ido deshaciendo cada cuarto, hoy que yo también llevo la muerte en el cuerpo.

(*Entra Juana con una bandeja. En ella viene un servicio de chocolate. Se queda indecisa, sin saber qué hacer ni dónde colocarla.*)

Carmen.—¡Colácala ahí! (le señala una de las sillas)

(*Juana acerca a Lola la silla con la bandeja. Esta duda un momento; después, casi maquinalmente, se sirve una tacita.*)

Lola.—¿Gustas?

Carmen.—No, no tengo tiempo; y además, ya sabes que no me gusta ese chocolate tan ligero. ¡Voy a echar un vistazo a esos haraganes! ¡Quiero que esto acabe pronto! (Sale.)

Juana.—Ya lo oí. Ella está muy contenta... pos como no va a estarlo...

Lola.—¡Cállate, Juana! No quiero más chismes. ¿No pueden dejarme tranquila siquiera el día de hoy?

Juana.—¡Buen dinero le pagó su cuñado, para que la convenciera a usted de firmar ese papel! Yo que usted no les hubiera dado el gusto.

Lola.—¡Calla! ¡Calla! ¿Por qué te gusta decir tanto disparate?

Juana.—¡Umm! ¡Disparates! ¿A poco no oí yo todo lo que decían? ¡Claro que lo firma la vieja! ¡Con las polendas que se trae! ¡Hay que picarle el amor propio, que es lo único que le queda!

(*Lola deja con dificultad la taza de chocolate sobre la bandeja, como si hiciera un gran esfuerzo.*)

Lola.—¡Juana, cállate ya!... Ve a ver a la señora Carmen... tal vez te necesite...

(*Carmen entra, seguida de unos cargadores.*)

Carmen.—(A los hombres) ¡Las sillas! (con brusquedad, coge la bandeja del chocolate y la deposita en el suelo. Los hombres sacan dos sillas.) ¡A ver, tú, Juana! No te quedes allí parada... (se oye el timbre de la reja; alguien llama) ¡Y quién llega ahora?

Lola.—Ve a ver quién es... y que pase... aunque me imagino que las rejas están abiertas. (*Sale Juana.*)

Carmen.—¿A quién se le ocurrirá venir de visita en estos momentos? Todavía nos falta muchísimo. Hace días que saco y saco cosas de esta casa y no acabo nunca. No se pueden acumular tantos recuerdos. He vendido cajetadas de cachivaches. ¡Cuánto abuelo!, ¡cuánto bisabuelo!

(*Entra Juana, precediendo a doña Refugio y a doña Ignacia. Lola ha permanecido silenciosa, mirando a su cuñada. Sale al encuentro de sus dos amigas.*)

Doña Refugio.—¡Lolita! No es posible...

Doña Ignacia.—Sin usted, la calle no será la misma calle.

Doña Refugio.—Perdone, Carmela, no la habíamos visto...

Doña Ignacia.—Con esta pena de ver a los camiones en las rejas...

Carmen.—¡Es igual! Siempre pasa lo mismo... Yo en cambio sí las vi desde que entraron. Pues ya ven, nos marchamos, hemos tomado una casa moderna, de techos bajos, muy alegre. Si viera qué contentos están los chicos... a cada edad lo suyo... ¿Verdad?

Lola.—Sí, nos vamos, aunque parezca increíble. Mire, Refugio, ¡dejar esta casa que me ha visto y a la que he visto envejecer! Si hubiera tenido algún enemigo, no hubiera encontrado mayor castigo para mí. Digo que me voy,

aunque en realidad no sé lo que se va de mí. Pues todo lo que yo soy, aquí se queda, entre estas paredes.

Doña Refugio.—¡Qué horror, ir entre extraños y a una casa extraña!

Doña Ignacia.—Yo no puedo imagir esta casa sin usted. Nadie puede vivirla.

El gobierno debería prohibir que despojen a las gentes de sus casas. Pero el gobierno no sirve par nada. ¿Ha visto usted por ejemplo, que nunca, pero nunca, se puede dar vuelta a la izquierda? Cualquier niño de brazos dirigiría mejor el tránsito. En fin... no se trata ahora de eso... ¿Y el hombre ese anda libre? (*Volviéndose a Carmen*) Perdone, Carmela, ¡pero esto es un atropello!

Lola.—Sí, anda libre. El mal se ejerce libremente en estos tiempos. Ya no hay dignidad...

Doña Refugio.—Ignacia tiene razón, el gobierno no sirve para nada. Ese señor, en su país, estaría en la cárcel. El agio es un delito...

Doña Ignacia.—Y más en él... ¿pero, qué no nos acordamos todos de cómo los ayudaron ustedes a salir de sus necesidades? Y mira que venir a pagar los favores de esta manera...

Lola.—No hay que culpar a nadie... uno hace las cosas mecánicamente y luego resulta que las hizo mal... que hirió sensibilidades... fue un error nuestro..., más bien un error mío..., creía que todos obrábamos de buena fe...

Doña Refugio.—Cree el león que todos son de su condición.

Doña Ignacia.—No fue error, Lolita. ¿Qué más podían hacer dos señoras solas, sino contar con la caballerosidad de ese hombre?

(Silencio.)

Doña Refugio.—(Turbada) Pero a la misa de los domingos si vendrá usted, Lolita.

Lola.—No lo creo... está demasiado lejos... Voy a cambiar de todo. Por eso digo que llevo la muerte en el alma.

Carmen.—¡A todo se acostumbra uno, menos a no comer!

Doña Refugio.—Usted puede pensar así, Carmela, porque todavía es joven; pero para Lolita y para nosotras, este tiempo es muy duro. Nosotros conocimos otras maneras, otras costumbres...

(Pasa Juana cargando unos bultos.)

Carmen.—Todos hemos conocido otros tiempos. ¡Juana, di a esos hombres que vengan a bajar estas cortinas! ¡Hemos perdido mucho tiempo!

(Juana sale.)

Doña Refugio.—¿Podemos ser útiles en algo?

Lola.—¡Gracias, Refugio! ¡Ya está todo arreglado!

Doña Ignacia.—Entonces será mejor retirarnos. Sólo vinimos a ponernos a sus órdenes. Ya sabe, Lolita, como siempre. Y créanos: para nosotras esto también es muy penoso. (*Se acerca a su amiga y le da un beso de despedida en la mejilla. Luego es el turno de Refugio.*)

(*Entra Juana.*)

Juana.—Dicen que nada más que acaben de descargar la cocina para acá vienen. Y no le dan a uno tiempo ni de agarrar el resuello...

Carmen.—¡Juana, acompaña a estas señoras a la puerta!

Juana.—(*A ellas, mientras salen*) Yo ya no aguento las hambres que he pasado aquí. Yo también ya me voy.

Doña Refugio.—Las ratas son las primeras en abandonar el barco.

(*Lola queda en silencio, observando a Carmen. Esta finge despreocupación. Inquieta ante la mirada interrogadora de la otra, se dirige, por hacer algo, hacia donde están las fotografías.*)

Carmen.—(*De espaldas a Lola*) ¿Qué me miras? ¿Por qué te quedas callada?

Yo no entiendo... (*nerviosa, se inclina a recoger las fotografías.*)

Lola.—Deja esas fotografías, yo las guardaré...

Carmen.—(*Volviéndose con violencia*) ¿Y por qué no las voy a guardar?

Lola.—Porque no quiero. ¡Déjalas, no las toques!

Carmen.—(*Avanzando hacia Lola*) ¿Qué dices? ¿Que no las toque? ¡Sí tengo que tocarlas! ¡Y tocarlas bien! Porque voy a tirarlas a la basura. Allí estarán mejor que en ninguna parte.

Lola.—¡Dios mío! ¿Qué pasa hoy? ¡Todo el mundo se ha vuelto loco! ¡Tú, Juana, todos! ¿Por qué? ¿Por qué he tenido que vivir hasta hoy para ver todas estas atrocidades? Un poco de piedad... estoy tan cansada...

Carmen.—¡Pues qué diré yo que hace 23 años que no hago otra cosa que oírtete y limpiar tu casa? ¡Para que ahora salgas con que no toque las fotografías! Pero si no he hecho otra cosa en toda mi vida, si hace 23 años que las veo y las toco todos los días, ¡sin dejar uno! Todos los días que fui joven, tuve que mirar sus caras, sus sombreros, sus chalecos, sus sombrillas, sus abanicos.

Lola.—Lo siento, no sabía que te repugnasen tanto.

Carmen.—Sí, ¡sábetelo! He esperado todos estos años para poder tirarlas a la basura, con todos sus arreos...

Lola.—¿Pero, qué querías? Si entraste a la familia, lo natural era...

Carmen.—(Interrumpiendo) ¡Yo nunca entré a tu familia! Y ahora lo verás, porque serán mis fotos las que van a colgar de las paredes, ¿me oyes? Los retratos de mi familia que han estado en el armario, te van a ver ahora tomar el chocolate: ¡a ti! ¡Aunque ellos no sean tan elegantes ni lleven tanto colgajo! ¡A ti, que nunca los invitaste a que lo tomaran contigo! ¿Qué no eran bastante finos para tus lujos? Pues los tendrás hasta en la sopa, ¡porque en la nueva casa mando yo! Porque esa casa es ¡mi casa!

Lola.—¡Entonces, es verdad!

Carmen.—(Poniéndose en jarras) ¿Verdad, qué?

Lola.—La barbaridad que me dijo Juana...

Carmen.—¡Anda! ¡Dilo ya! ¡Suéltalo! ¡Suelta tu conversación con tan ilustre dama!

Lola.—No puedo, es demasiado atroz. Además, están los niños. Por ellos debemos evitar llegar a ciertos extremos... sobre toyo yo... después de todo... ellos y... tú son lo único que me queda en el mundo. No sé qué haría si eso fuera verdad... hay cosas que es mejor callar. Callar es ignorar un poco.

Carmen.—¡Suéltalo, que los niños son míos! (*Se golpea el pecho con el puño*) ¡Los parí yo! ¡Son carne de mi carne! ¡De mí salieron! ¿No ves que no tienen tu color de tierra? Pues iban dados los pobres, con tu piel. Y para acabar de una buena vez con el cuento de los niños te diré: ¡que no te pueden ver!, ¡que no pueden ver a nadie de tu raza! Los dos son de la mía. Ni ellos ni yo somos de tu familia de farsantes. Nosotros somos gente de bien. Y se acabó la falsa de la "tiíta". Antes, mientras pensábamos que ibas a dejarles algo ¡vaya!, pero ahora sabemos que estás más pelada que una nuez pelada ¿a qué tanto jaleo?

Lola.—Hablas por ti, no por ellos.

Carmen.—¿Por mí? ¡Si no los has dejado vivir! ¡Si te odian! Con tantas manías, tanta dictadura. Ellos son jóvenes. Y ahora, despepita: ¿qué te ha dicho la gata?

Lola.—No puedo repetirlo, Carmen. Para mí sería definitivo, se me quemaría la lengua...

Carmen.—¿Y por qué no se te quema cuando chismeas con la sirvienta?

Lola.—Ten un poco de piedad... nunca he chismeado con la sirvienta... mide tus palabras.

Carmen.—¡Mídelas tú, hipócrita! ¿Por qué no confiesas que me odias?

Lola.—Porque no te odio...

Carmen.—Sí, ahora que te ves vieja y sin casa, ahora que me necesitas, dices eso, pero, ¿y antes? Cuando era una chiquilla y vivía en tu casa y me perseguías dizque enseñándome modales para humillarme. Y sólo porque me tenías envidia, porque yo me había casado y era bonita y tú eras una solterona...

Lola.—Nunca pensé que pudieras interpretar así unos consejos.

Carmen.—¡Hipócrita! Nunca aprobaste nada de lo mío: ni mis trajes, ni mis palabras, nada. ¡Nada! Excepto a mis hijos: entonces sí te convini la cuñada: ¡porque salieron guapos! ¡Pero son mis hijos! Mira qué mala suerte la tuya, que lo único que te ha gustado de mí no te toca.

Lola.—Por ellos, Carmen, te vuelvo a suplicar que te calles... No hagamos estas heridas más profundas... no sé cómo puedo soportar todo lo que estás diciendo... será que estoy ya muy vieja... y... muy sola...

Carmen.—¿No me vas a decir lo que te dijo Juana? Pues te lo diré yo. Porque lo escuché sin querer, venía yo por el pasillo...

Lola.—¿Por el pasillo? Siempre vienes por el pasillo. ¡Qué costumbre tan lamentable! Y no se te ha podido quitar nunca.

Carmen.—No, no se me ha quitado nunca. Por eso sé ahora lo que sabes y quieres callar. Y callas porque te conviene. ¡Cómo, tú, la señorita Lola, va a aceptar vivir bajo mi techo, es decir, bajo el techo de Roque? Pues es cierto ¡mira! me dio dinero y de ese dinero vas a vivir tú.

Lola.—Ah...

Carmen.—¿Qué te parece? ¿Verdad que es justo que después de vivir yo 23 años bajo tu techo, vivas tú ahora una temporadita bajo el mío?

Lola.—¿Por qué habré vivido tantos años? ¿Para ver esto?...

Carmen.—Por mí ya te podías haber ido, igual que los otros, que a todos los vi irse, uno por uno, con mucha pompa y mucha esquina, como era el caso, aunque tuviera uno la tripa bien vacía. Ahora te enseñaré yo lo que es comer. ¡Y comer bien, jamón y cosas de substancia! Despues de tantos años de ayuno no te vendrá mal.

Lola.—Te suplico que no hables así de los muertos de esta casa; y menos a gritos.

Carmen.—¡Grito porque me sale del alma! A mí ya no me vas a dar lecciones tú. ¡Ya me diste bastantes! Tus lecciones te las vas a meter ahora por... ¡por donde debiste metértelas todas! Y aquí se acabó todo, ¡todo!

Lola.—Todo.

Carmen.—Y ahora vendrán los míos a presidir la mesa, aunque no cojan el tenedor tan bien como tú. ¡So ridícula! Porque tienen el corazón bien puesto y la honra más limpia que una sábana puesta al sol...

Lola.—¡Nunca te impedimos que vinieran!

Carmen.—¿Nunca? ¿Acaso los invitaron alguna vez? ¡Ustedes, ustedes que están tan llenos de mierda...

Lola.—Pero si se cansaron de comer con papá y mamá...

Carmen.—(imitándola) ¡Con mamá y papá! Me refiero a alguna comida de valía, cuando había invitados.

Lola.—Carmen, tú estás loca, no puedes dar importancia a esas tonterías, eran círculos distintos, te emborrachas con las palabras... eres muy... muy exagerada.

Carmen.—¿Exagerada? Abusaron de mí porque era pobre... pero ahora tengo mi casa y seré feliz, sola, con mis hijos. ¡Pobres hijos, víctimas de unos fantoches! ¿Sabes otra cosa? ¡He vendido a todos tus autores franceses! ¡Basta ya de mamarrachadas!

Lola.—¿Vendiste los libros de papá?

Carmen.—¿Y qué querías? ¿Qué me echará a buscar dinero por las banquetas, para la mudanza?

(Entra Juana).

Juana.—Y ahora, ¿qué hago?

Carmen.—Di a esos hombres que saquen estos cajones. ¡Quiero acabar pronto con esto! Y tú (*se dirige a donde están las fotografías, las coge y se las da a Juana*), tira esto a la basura.

Juana.—A la basura, señorita Lola?

(*Lola no responde, está muy pálida, mirando al vacío*).

Carmen.—Te he dicho: a la basura. ¡Y no te quedes ahí como una idiota! (Juana sale con las fotografías).

Carmen.—¿Por qué no dices nada? ¿Ya no tienes ganas de dar órdenes? Tan fácil fue quitarte la manía...

Lola.—Sí... tan fácil... perdón... perdona... me retiro...

(*Lola sale lentamente*).

Carmen.—¿Te retiras? ¿A tus habitaciones privadas? (Grita) Sólo que no hallarás el diván, ni la cama, ni los almohadones. ¡Tendrás que tenderte en el suelo, hasta que se te pase la jaqueca! (Entra Juana) ¿Qué haces otra vez aquí? No te dije que llamaras a esos hombres?... (Entran los cargadores. Carmen se dirige a las cortinas, les da de tirones. Estas caen, levantando polvo). ¡Cuánto polvo! Y uno volviéndose polvo en un polvo que no es el suyo. (Los hombres recogen las cortinas y las doblan). Mientras ustedes sacan esto, que es lo único que queda, yo voy a arreglarme un poco. No puede una salir tan sucia a la calle. (Sale).

Juana.—¡Anden, apúrense! ¡Saquen estos triquis! ¡Tanto pleito, digo yo, por unos palos viejos! Las habían de ver todo el santo día a la greña. Y ahora, la gachupina le vendió la casa a la otra, en entendimiento con su cuñado.

Cargador I.—¡No diga! ¿A la ancianita?

Juana.—Sí, pero no hay ni a cuál ir. Sólo yo, que soy buey las he aguantado tanto.

Cargados I.—(Echándose un cajón al hombro). ¡No será para tanto! (*Sale*).

Juana.—Aquí lo había de ver, pasando hambres y regaños.

Cargador II.—¡Ande! ¡Ande!

Juana.—¡Orale! ¿Qué espera? ¡Echese el cajón al hombro!

Cargador II.—¿Qué espero? Pos a que acabe sus quejas contra sus patronas.

Juana.—Ya se acabaron. Ya no son mis patronas. Ora me busqué una casa rica. Pero rica de a de veras, allá por las Lomas. No como esta de rotas, que ni licuadora tienen.

Cargador II.—(Saliendo con la caja a cuestas). ¡Licuadora! (*Juana lo sigue también, llevando las cortinas. La luz se ha ido yendo. La tarde cae. El salón está casi en la penumbra. Entra Carmen con su bolso de mano, muy arreglada. Busca a su alrededor*).

Carmen.—¿No queda nada? En estos casos siempre se olvida algo. (*Revisa con los ojos el salón vacío*). ¡Juana! ¡Juana! ¿En dónde estás, mujer? (*Pausa*). ¡Juana! (*Pausa*). *Sale Juana por la puerta de la derecha, por donde ha desaparecido Lola. Viene titubeante*).

Juana.—Señora Carmelita...

Carmen.—¿Ya subieron los cajones?

Juana.—Señora Carmelita...

Carmen.—Te pregunto que si ya subieron los cajones, para que se marche el carro.

Juana.—(Aterrada). Sí, señora Carmelita... pero vamos a necesitar otro cajón y otro carro...

Carmen.—¿Qué dices? Habla claro...

Juana.—Que hace falta otro cajón y otro carro para llevarnos a la señorita Lolita... porque ella, con su chalina... ¡Ay!, ¡ay!, a la pobrecita no le dejó usted más camino...

TELON.